



NIEVES HIDALGO

Tres capas,
máxima suavidad

Selecta

Tres capas, máxima suavidad

Nieves Hidalgo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Elaia

¡Qué ganas tenía de que acabara la maldita reunión!

Cuando Fernando Orellana se pone petardo, se pone de verdad. Le encanta escucharse, al muy becerro. Estoy convencida de que antes de presentarse en la sala de reuniones se planta delante del espejo y ensaya; no es normal que, cada dos frases, te suelte una que te obliga a abrir Google y consultar la RAE para saber qué puñetas está diciendo.

—Repetición, por favor.

Le he interrumpido tres veces alzando la mano. No le ha gustado, claro, le repatea que lo hagan cuando está soltando su discurso, pero me ha importado menos que cuarto kilo de pimientos fritos que se haya cabreado tras el coro de risas.

No soy lela. De hecho, siempre saqué estupendas notas en lengua. Pero es que lo de Orellana me supera, de verdad. Me gusta conversar, intercambiar ideas, no acudir a un soliloquio de frases rimbombantes. Por la rabia que he visto en su mirada sé que, de haber podido, me hubiera echado de la reunión. O enviado de cabeza al departamento de personal para que me preparasen el finiquito.

Pues que se joda, que a mí no puede ponerme de patitas en la calle. Por varias razones: soy muy buena en mi trabajo —la falsa modestia me cabrea—, soy rápida y tengo más ideas que una raposa. Al menos eso me decía siempre mi abuela. Además, poseo un buen porcentaje de acciones en el negocio. Y por si eso fuera poco, mi padre es el dueño de Imagine, una de las más reconocidas empresas de decoración a nivel nacional. Nuestros proyectos de arquitectura e interiores destilan pasión y no se ciñen a los deseos del cliente: los sobrepasan. El negocio va viento en popa y es muy posible que abramos una delegación en Nueva York el año que viene, cuya dirección me ha ofrecido mi padre y yo he rechazado. Me gusta viajar, pero no me acostumbraría a vivir fuera de España, mucho menos a separarme de él.

No, no, no, esto último, lo de ser la hija del dueño, no tiene nada que ver, que os veo venir. Quiero que quede constancia de que me he ganado el puesto a pulso, mi adorado padre no me ha regalado nada —salvo pagarme la carrera— y comencé haciendo recados de un despacho a otro. ¿Qué os habíais creído? Aprendí del mejor, que para mí es él; tal vez por eso me costó lo suyo

demostrar mi valía profesional ante ese peso pesado. Y muchas veces no estamos en absoluto de acuerdo porque su estilo es sobrio, pleno de elegancia, y el mío alocado, puede que incluso excesivo. Pero gusta; es de lo que se trata en un negocio.

—¿Te marchas?

Belén se acerca a mi mesa y deja la carpeta de color sepia. Dentro, mi proyecto para un tenista que quiere redecorar un chalé que acaba de adquirir. Le he pedido que me dé su opinión, conoce el negocio más que muchos de nosotros, no en vano lleva veinte años ejerciendo de secretaria de mi padre. Quiero saber qué le parece mi idea porque no se anda con paños calientes, si algo le agrada te lo dice, y si no también, por eso siempre nos hemos llevado de lujo a pesar de la diferencia de edad. Ha cumplido medio siglo, aunque cualquiera lo diría viéndola tan guapa, todavía con un buen tipazo, siempre perfectamente peinada y maquillada. Esa es una de las cosas que siempre me recrimina desde el cariño, que no me importa demasiado la pinta que lleve. Es que para mí lo que prima es la comodidad, con unos pantalones anchos y una camiseta voy lista. Para calzar, manolequinas, aunque me diga que cuando camino con ellas mis andares se asemejan a los de Jhon Wayne.

—Tengo que hacer compra, mi frigorífico parece el desierto de Gobi y no me queda ni un rollo de papel higiénico.

—Llévate alguno de aquí.

—Gracias, pero no. Solo uso de triple capa, máxima suavidad. Y rosa, a ser posible.

—Estás como un cencerro, tesoro.

—Así soy yo: maniática para ciertas cosas. Bueno, ¿qué te ha parecido? —Señalo la carpeta con la barbilla.

—Me gusta.

—Así, sin más. —No parece buena señal y me corre un gusanillo de preocupación por el cuerpo.

—Atrevido.

—Era lo que buscaba.

—Entonces has acertado. No, en serio —sonríe—, creo que es sensacional. Lo que no sé es lo que va a decir tu padre.

—El proyecto es mío, a ti te ha gustado... ¿Qué va a decir? Sabes que valora tus opiniones tanto o más que yo.

Asiente, se da la vuelta y chasca los dedos por encima del hombro.

—Buen finde, preciosa.

—¿Quieres que te acerque a casa?

—Me quedo un rato para terminar unas facturas. Pero recuerda que me debes una comida, no te la perdono.

Es cierto. Prometí que hoy comeríamos juntas y que yo pagaría, pero ha sido imposible.

—El pestiño de Orellana no nos ha dejado respirar con el asunto del complejo hotelero, ya has

visto que incluso nos han traído un catering. El lunes te voy a invitar a Viridiana, reservo esta misma tarde, y te juro que se te van a caer las lágrimas cuando pruebes los huevos fritos con trufa de Abraham García, lucero mío.

Se echa a reír, mueve la cabeza como dejándome por imposible y se aleja con ese caminar elegante y sensual que a mí me gustaría tener.

Busco la nota que he hecho de la compra y apunto el nombre del restaurante; con tantas cosas como tengo en la cabeza o lo anoto o se me olvida y no quiero quedar como una cerda con Belén, que le tengo mucho cariño.

Doy un vistazo al reloj, reniego por lo bajo, agarro la carpeta, la meto en mi bolso para darle el último toque al proyecto el fin de semana, y salgo a escape del despacho. Casi choco con mi padre en el pasillo.

—¿Sales ya?

—Acabo un par de cosas y me marchó. No te retrases para la cena y ponte algo decente, si no es mucho pedir. —Me advierte mientras pulso el botón del ascensor y se abren las puertas.

—Prometo presentarme tan maravillosa como la Cenicienta cuando conoce al príncipe.

No puedo disimular el gesto de fastidio. Después de la semana agotadora que llevamos lo que menos me apetece es tener que soportar una cena de negocios. Trabajo muy bien bajo presión, soy una máquina, pero me vuelvo irritable. Lo mejor en esos momentos es que se olviden de mí y me dejen sola. Hoy, además, la reunión con Fernando ha terminado de mandar al carajo el poco humor que me quedaba. Sin embargo, no puedo negarme a echar una mano a mi padre, así que adiós a llegar a casa, quedarme en bolas y tirarme en el sofá con un paquete de palomitas a ver una de esas películas antiguas en blanco y negro que tanto me gustan. Tenía previsto ponerme *Testigo de cargo*. La he visto un montón de veces y no me canso de la magistral actuación de Charles Laughton en el personaje de sir Wilfrid Roberts. Sí, no puedo remediarlo, soy friki de las películas antiguas.

Meto la rodilla para que no se cierren las puertas del ascensor y me doy la vuelta.

—Papá, ¿cuándo vas a decidirte a pedirle matrimonio a Belén? Ejercería de anfitriona mucho mejor que yo.

Tuerce la boca y se queda mirándome unos segundos.

—Sin retrasos, Kindelán —repite antes de alejarse.

Sonríó mientras el ascensor me lleva hasta la planta baja. Siempre se dirige a mí por el apellido cuando se enfada, pero he visto un brillo especial en sus ojos al conjuro del nombre de Belén. Todos en la empresa sabemos que mantienen una relación desde hace años, lo normal sería que se dejaran de juegos y se casaran. Belén es soltera, una mujer de bandera, y él un hombre bastante apuesto y viudo desde hace más de quince años, que merece ser feliz.

Una vez en la calle paro el primer taxi que veo. Normalmente voy en autobús, no me gusta utilizar el coche en Madrid, pero hoy no tengo tiempo, he de hacer mil cosas: comprar —llevó una lista tan larga como la de Schindler y no puedo dejarlo para mañana porque es domingo y en el

supermercado de mi urbanización no abren—, ducharme, lavarme el pelo, maquillarme un poquito y llegar al chalé de mi padre en Guadarrama.

Jaime

—**B**ien, pues te veo el viernes que viene.

—Siento que hayas tenido que atenderme en sábado, Jaime. De no haber sido por la excursión...

—No pasa nada, ya sabes que para ti estoy disponible siempre.

Cierro el expediente, rodeo la mesa y alzo la mano para chocarla con la del muchacho. Estoy orgulloso de él. Como lo estoy de mi trabajo. Cuando empecé a tratarlo hace un año, tras su intento de suicidio, me costó lo suyo conseguir que confiara en mí, pero la terapia, la medicación y la confianza han dado excelentes resultados. Es un chaval estupendo y, poco a poco, ha ido superando la muerte de sus padres en un accidente de avioneta. La primera vez que lo tuve frente a mí, me identifiqué con él de inmediato, tal vez porque también yo me quedé solo a su edad.

Me masajeo la nuca, que noto tensa, guardo los papeles y la sesión grabada en la caja fuerte, apago el ordenador, las luces, tomo la chaqueta y cierro la consulta.

Llevo una semana demoledora. Mientras bajo en el ascensor me recuesto y cierro los ojos un momento. Se me ha levantado un ligero dolor de cabeza, lo que siempre me pone de mal talante. Sueño con llegar a casa, abrir una cerveza bien fría, cenar cualquier cosa y dormir doce horas seguidas. Ya ni recuerdo cuánto tiempo hace que no me tomo un fin de semana completo. Había previsto disfrutar de este, pero el destino se ha confabulado en mi contra y, aparte de tener que cambiar la visita de Óscar a hoy, he de acudir a una cena que preveo aburridísima. ¡Qué demonios entiendo yo de interiorismo! Si mis tíos quieren redecorar los cinco apartamentos que han adquirido en Benalmádena, perfecto. Seguro que cualquier empresa puede dejarlos preciosos, no me entra en la sesera que quieran mi opinión.

Ni siquiera me va a dar tiempo a echar una cabezadita porque antes he de pasar por el super — visita imprescindible— y la cena es en Guadarrama.

Arranco el coche, saludo con la mano al guarda de seguridad antes de subir la rampa del garaje y me meto de lleno en el caótico tráfico de Madrid. Apenas recorro dos kilómetros cuando entro en un atasco de los que hacen época. Durante unos tres minutos nadie protesta, todos estamos acostumbrados más o menos a lo que se monta en la capital. Pero después empieza la jurga: unos

tocan el claxon, otros se asoman por las ventanillas, alguno hasta se baja del vehículo para increpar a los causantes del embotellamiento, aunque ninguno sepamos qué o quién lo provoca porque solo alcanzamos a ver un coche de bomberos a lo lejos y las luces azules de la policía.

El disco se pone en verde seis veces más antes de que, por fin, empecemos a movernos. Solo es una ilusión: cien metros más adelante volvemos a quedar varados. Por descontado, regresan las protestas junto con el irritante y continuado estrépito del claxon del gilipueñas que llevo detrás, que me está poniendo la cabeza como un bombo.

—¡Joder! —Golpeo el volante con las dos manos, abro la puerta y salgo para encararme con él —. ¿Quieres que te diga dónde coño puedes meterte la bocina?

Vale, estoy de acuerdo en que no es la reacción más lógica en un profesional de psicología y psiquiatría. Se supone que una de mis misiones es calmar a la gente, ¿verdad? Pero no he podido reprimirme, debe ser el cansancio acumulado el que me ha hecho perder los papeles. O el maldito dolor de cabeza, que me tiene loco. Igual debo consultar con algún colega, a lo peor estoy menos lúcido que los clientes a los que intento ayudar. Ponerme como un energúmeno no es normal en mí.

Por fortuna, los coches empiezan a avanzar, así que me olvido de la discusión y de aquel idiota que, por otro lado, se ha quedado más callado que un muerto al verme la cara de mala leche.

Durante el trayecto no dejo de pensar en mi ilógica reacción. No solo he sacado los pies del tiesto, he sacado las dos piernas. Es el agotamiento, no me cabe duda. Tengo que descansar más o acabaré en el psiquiátrico. Lo que necesito es silencio y tranquilidad, sobre todo tranquilidad.

Una se me va y otra se me viene, me dan ganas de llamar a mi tío y excusarme para la cena. Lo malo es que soy una persona de palabra y la he dado. Debo mucho a tío Jorge y a tía Elvira, fueron los que me criaron tras la muerte de mis padres; no sé dónde hubiera acabado sin ellos porque a los quince años era un anárquico que iba en contra de cualquier sistema, me saltaba una clase sí y otra también y tenía compañías poco recomendables.

Meto el coche el parking del supermercado y entro. Algo pasa. Por norma, un sábado y a esas horas apenas hay gente. Sin embargo, veo filas interminables de carros cargados hasta la bandera y funcionan las tres cajas al mismo tiempo.

Conozco a una de las cajeras, Mónica, por haber tratado a su madre el año pasado. Me acerco a su puesto y le pregunto la causa de tanto jaleo.

—¿En qué mundo vive, doctor Samper? Hay huelga de reponedores del sector a partir del lunes.

Empujando ya mi propio carro me doy cuenta de que, con frecuencia, estoy en *off* respecto a lo que pasa alrededor, parece que vivo en otro planeta. ¿Qué hay huelga de reponedores? No tengo ni idea de cómo se dirige un súper, pero suena a grave. Y debe serlo cuando las colas en las cajas llegar hasta el fondo del local. A mí, por de pronto, me han chafado la lista que llevo preparada; tendré que comprar alguna cosa más, por precaución. Soy meticuloso a la hora de adquirir productos, voy anotando lo que me hace falta y solo me llevo eso, nada de acaparar lo que no necesito o cargar con todas las ofertas.

Según escucho a la señora que pasa a mi lado charlando con otra, la sentada puede ir para largo.

El primer pasillo es el de los productos de limpieza. En mi lista, el papel higiénico está redondeado con rotulador, lo que quiere decir que es lo único que no se me puede olvidar porque no me queda más que el rollo que hay puesto.

Para mi sorpresa, las estanterías están prácticamente vacías: servilletas, papel de cocina y, por descontado, papel higiénico, brillan por su ausencia. Solo queda un paquete. Rosa. Va a quedar muy *cool* en mi cuarto de baño, pero tendré que aguantarme, de modo que me voy a por él y...

Y una mano lo atrapa al mismo tiempo que yo.

Elaia

Lo que me pasa a mí no le pasa a nadie. ¿De verdad que casi llego a las manos con ese descerebrado por un paquete de papel higiénico?

Hoy no me reconozco. Está claro que la semana de arduo trabajo, sin dormir apenas para acabar el proyecto a tiempo, me está pasando factura. Porque sí, tengo mucho temperamento, no voy a negarlo, pero nunca me ha gustado llamar la atención. ¡Si hasta dejo que se me cuelen por no montar el número! Esta tarde, sin embargo, la he liado parda. No sé si seré capaz de volver a entrar en el super, se me cae la cara de vergüenza recordando la escenita que hemos protagonizado ese cernícalo y yo.

Si estoy equivocada no me importa reconocerlo, pero si llevo razón, la llevo y punto de pelota. Y esta vez la llevaba porque yo lo vi primero y estamos ante una huelga sin precedentes.

Aclaremos algo para que nadie se llame a engaño: creo en la igualdad entre mujeres y hombres. De modo que yo no pretendía que me cediera el producto porque sí, por ser mujer. Solo quería llevármelo porque era lo justo, porque había llegado a él la primera, dijese lo que dijese ese capullo mientras ambos tirábamos del paquete hacia nuestros respectivos carros.

Además, era el único que quedaba en la estantería, no tengo existencias y a saber cuándo acaba la huelga. Soy muy despistada, lo reconozco, creí que había remanente en la despensa y no era así. De hecho, esta mañana he tenido que utilizar servilletas para... Bueno, he tenido que usar servilletas, no hay que dar tampoco más explicaciones. *Mea culpa*, lo sé. Uno se puede pasar sin azúcar, pero no sin papel higiénico, debería haber sido más previsora.

Cualquiera que nos haya visto discutiendo por el paquete... Ha sido surrealista: los dos intentando quedarnos con él asegurando al otro que era suyo. He ganado yo, desde luego, porque a burra no me gana nadie. Admito que he utilizado técnicas un poco chungas, como la de arrearle una patada en la espinilla. Ha soltado un taco, se ha agachado a masajearse la zona lastimada y yo he aprovechado para hacerme con el papel de triple capa.

Mira, eso es algo que nunca he entendido: que a la más mínima noticia de alarma la gente se lance a la calle como loca y arrase con los rollos de cocina y el papel higiénico. Su estudio sería interesante.

En esta ocasión es normal: no se sabe hasta cuándo van a estar de brazos cruzados los reponedores —de lo que por cierto no me he enterado— y en nuestra zona residencial tenemos mucho árbol, mucho césped, mucho aire limpio... pero ni una tienda de barrio y un único super. Y claro, ante tal panorama, toda la zona ha querido abastecerse.

Doy la razón a los huelguistas, los empleados tienen derecho a salarios justos y horarios decentes, que imagino que es lo que reivindican; si para presionar a la empresa tenemos que fastidiarnos todos un poquito, pues nos fastidiamos y listo. Hoy por ti, mañana por mí, que hay que empatizar con los demás.

Incluso hubiera cedido en compartir «mi» paquete con ese tío, fijaos lo que os digo, soy así de altruista. Seis rollos para él, seis rollos para mí y los dos tan contentos. Pero no, el caballero los quería todos. Por sus santas pelotas. Me ha salido entonces la fiera que llevo dentro y se ha montado el cacao. Poco ha faltado para que acudiera el guardia de seguridad. Hubiera sido un broche estupendo para una semana estresante: acabar en comisaría.

Bueno, sea como fuere, los rollos los tengo yo y asunto terminado. ¡Que le den al muy cretino!

Cargo las bolsas en el maletero del taxi, al que he pedido que me espere, y ponemos rumbo a mi bloque mientras me asoma una sonrisa tonta en los labios, de triunfadora, acordándome de la cara de mi competidor al ver que le ganaba por la mano.

En otro momento lo hubiera podido mirar con otros ojos, que el muchacho estaba para mojar una *baguette* entera. O dos, si me apuras. Me pierden los morenos de ojos negros, son mi debilidad y este podría aparecer en uno de esos calendarios de bomberos cachas, que cuerpo tenía. Era serio como un ajo, pero ¡madre del amor hermoso cómo estaba el bribón! No me importaría darle una alegría al cuerpo con alguien así, no voy a engañaros.

—¿Le ayudo, señorita? —Se ofrece el taxista, sacándome de mis pensamientos.

Acepto porque hay seis bolsas hasta la bandera; no es que pesen demasiado, pero hay que ser pulpo para llevarlas de una vez sin que a una se le caiga algo. Con una maestría de narices el sujeto agarra tres en cada mano, entra en el portal y me las deja en el ascensor. Ni que decir tiene que se gana una buena propina.

Ya en mi rellano, coloco una de las bolsas sujetando la puerta, abro mi piso y voy metiendo todo. Total, no hay miedo de que alguien proteste por bloquear el ascensor unos minutos, el edificio está vacío este mes, casi todos los vecinos se han ido de vacaciones. Lo que debería haber hecho yo de no ser por el proyecto para el tenista, que me ha obligado a retrasarlas hasta el fin de semana que viene; necesito relajarme y pronto o estallaré en cualquier momento. ¿El destino? La isla de Hierro, he reservado un apartamento en un pueblecito de pescadores. ¿En la maleta? Libros, libros, libros, bikinis y crema solar. Se nota que no pienso dar golpe, ¿a que sí?

Pensando en las vacaciones se me va el santo al cielo, pero según pongo una de las bolsas de la compra sobre la encimera y veo el cartón de los huevos se me viene a la cabeza Belén. ¡Coño! Cierro la puerta de una patada y marco el teléfono. No hay problema para conseguir mesa, solemos ir con frecuencia con los clientes y siempre hay una reservada para Imagine.

Meto de cualquier manera los productos frescos en el frigorífico, no me entretengo en colocarlos porque el cisco del super me ha robado casi media hora. El resto de las bolsas se quedan sobre la encimera y salgo petada hacia mi cuarto para elegir la ropa de esta noche, con la sensación de que se me olvida algo.

Jaime

— ¡Será posible!

Aplico el puño con fuerza, el sonido retumba en todo el edificio, pero el número del piso sexto continúa encendido y fijo. Se han dejado abierta la puerta del maldito ascensor.

Irritado por la interminable espera para pagar en el super y mal de tiempo como voy, no me queda otra que cargar con todas las bolsas y subir por las escaleras... ¡siete pisos! Escalón a escalón me voy acordando de cada uno de los reyes visigodos y de sus familiares más directos. En el sexto veo que una bolsa está bloqueando la puerta del elevador, la quito a patadas sin importarme desparramar su contenido y continúo mi camino, total me queda solo un piso. Si no fuera porque voy justo de tiempo me hubiera gustado decirle cuatro cosas al irresponsable que la ha dejado allí, pero hay ocho vecinos en cada planta y no es cuestión de ejercer de detective privado hasta encontrarlo.

Entro en casa, coloco lo que tiene que ir en el frigorífico, dejo el resto sobre la encimera y me voy quitando la ropa de camino al cuarto de baño.

En menos de media hora me he duchado, afeitado y cambiado. Mi tío me ha asegurado que será una cena informal, de modo que elijo algo cómodo: pantalón negro de pinzas y camisa blanca. Reviso que todo esté en orden y salgo como alma que lleva el diablo. Voy con los minutos contados, rezó para no pillar otro atasco de camino a Guadarrama.

Llamo al ascensor y subo. Se para en el sexto y se abren las puertas. Antes de poder saludar veo ante mí a una mujer que me deja sin aliento. Una belleza. No es muy alta, pero tiene un cuerpo de infarto que se ha enfundado en un vestido rojo cortísimo que le marca hasta el ombligo. ¡Y unas piernas de campeonato subidas a altísimos zapatos de tacón! Es medio pelirroja y... Espera. ¿Pelirroja? Con unos ojos azules que... Aguanta. ¿Azules? La reconozco de golpe y me pongo en tensión. Si se me hubieran aparecido Drácula no me habría afectado tanto.

— ¡Tú!

— ¡Tú! — exclama ella a su vez, retrocediendo un paso.

Durante unos segundos nos quedamos mirándonos como dos gallos de pelea, sin saber ninguno qué hacer. Es la majareta del supermercado, la que me ha arreado una patada mal intencionada en

la espinilla y robado «mi» papel higiénico. Por un segundo me pregunto qué pena podría caerme si la estrangulo allí mismo, a fin de cuentas, no hay testigos. No me da tiempo a imaginar en qué centro penitenciario me encerrarían porque ella entra muy resuelta a la cabina. Hace intención de pulsar el botón del garaje, aunque se detiene porque ya lo he hecho yo, se recoloca en el hombro el diminuto bolsito que hace juego con sus zapatos y me dice, echando fuego por los ojos:

—Dime que no has sido tú el que ha dejado mi bolsa desparramada por todo el rellano.

—Dime que no has sido tú la que ha dejado bloqueada la puerta, haciéndome subir cargado siete pisos.

Me da la espalda y suelta un bufido nada femenino que me arranca una mueca. De paso, aprovecho para mirarla a placer y siento un hormigueo en la punta de los dedos ante tanta piel desnuda. El escote en forma de V llega hasta donde la espalda pierde... ¡Qué demonios, le llega hasta el culo! ¡Y qué culo! La chica está imponente, casi estoy por perdonarle que me robara el papel higiénico —ya me veo usando servilletas o rollo de cocina en el lavabo—, la patada e, incluso, la subida de escaleras.

—Desconocía que este bloque perteneciera al psiquiátrico —reniega.

Me deja planchado. ¿Acaba de llamar loco? ¿A mí?

Se me sube una imprecación a la boca que no me da tiempo a soltar porque el ascensor frena en seco, lanzándome contra ella.

—¡Oye, chaval!

—Lo siento. —Levanto las manos y me aparto.

¿Que lo siento? Ni de coña. ¡Qué demonios voy a sentir si he acabado con su escultural trasero pegado a mi bragueta!

Durante un instante quedamos a oscuras y, por pura precaución, por si se vuelve y me suelta un sopapo, me aparto y me pego a la mampara de madera, lo más lejos posible de ella. El encontronazo no ha sido culpa mía, aunque no niego haber disfrutado de él y, sin quererlo, mi cuerpo ha reaccionado de modo involuntario.

Se encienden las dos luces de emergencia del techo, pero no nos movemos. Ella farfulla algo entre dientes, me mira por encima del hombro como si quisiera asesinarme mientras se alisa el vestido, y pulsa el botón del garaje repetidas veces.

—¡Mierda! —grita a pleno pulmón al comprobar que no responde, dando de paso un par de patadas a la puerta.

—Cálmate, mujer, es solo una avería eléctrica —argumento con voz pausada. Sé cómo tratar a las personas histéricas, es parte de mi trabajo, de modo que pongo en práctica mis conocimientos porque lo último que me hace falta es que se ponga violenta.

—Me calmaré si me viene en gana.

—Por mí como si te pegas de cabezazos contra la pared, preciosa. —De acuerdo, debería haber continuado con mi intento de tranquilizarla, pero ese mal genio que saca me enciende y se me olvida la ética profesional.

—¿Qué hacemos ahora?

—No creo que tarde en volver la energía, solo podemos esperar y relajarnos.

—Si te parece nos ponemos a hacer yoga, ¿no te digo!

Prefiero no entrar al trapo, de modo que guardo silencio.

Recuesta un hombro en la pared, se cruza de brazos y me regala otra mirada que hace que me sienta como si fuera el causante de la avería.

No puedo remediar mirarla a mi vez. Es preciosa. El vestido realza las curvas de sus caderas, su estrella cintura y un par de tetas que... Bueno, eso, que es guapísima. Tranquilo, chico, tranquilo. Ni me hubiera imaginado ser el vecino de una beldad semejante después de verla en el super con unos pantalones anchos y una camiseta amplia. Una prenda divertida y muy apropiada para ella, sin lugar a dudas: un alfiler de la ropa portando una maleta y una frase que rezaba «se me va la pinza».

Elaia y Jaime

—Tres averías en un mes —reniega ella al cabo de unos instantes, sin ser consciente de que su pecho es una provocación para él—. Tres. La culpa la tiene el puñetero presidente de la Comunidad, que no sé para qué lo tenemos. Mañana pienso decirle cuatro cosas bien dichas, si no está de vacaciones.

Ahí sí que le pica la moral. Puede que no sea una lumbera en ese aspecto, pero lo hace lo mejor que sabe. La primera junta vecinal a la que acudió, un mes después de mudarse al apartamento, a últimos del año anterior, le obligó a hacerse cargo del puesto; según los estatutos, le tocaba a su letra la presidencia. Y con poca suerte, porque había tenido que convocar dos reuniones extraordinarias para abordar mejoras en el garaje y en la azotea comunal que iban a costar un riñón, pero eran imprescindibles si querían evitar problemas posteriores. La segunda junta había acabado con una discusión de aúpa con los más remisos a poner una derrama.

—Yo soy el presidente.

A él mismo le suena fatal, le ha parecido ser protagonista de una de esas películas en las que alguien dice que va a llamar a la policía y un fulano asegura «yo soy la policía». Ella eleva una ceja.

—No te he visto nunca.

—Será porque no apareces por las reuniones.

—Delego el voto. No tengo tiempo para perderlo discutiendo con los vecinos, hay dos que son unos cabestros.

Jaime asiente, que se lo digan a él, no puede más que darle la razón. La chica se refiere sin duda al del primero A y al del octavo H, dos auténticos revienta pelotas que ponen pegas a todo.

Elaia vuelve a apretar el botón de bajada pero el ascensor no respira, está más tieso que la momia de Tut-Ank-Amón.

—¡Joder! ¡Tengo que salir de aquí! —Golpea los botones con la palma abierta.

—Tranquilízate, guapa, que vas a acabar rompiendo algo.

—¡No me llamo guapa, no quiero tranquilizarme y si rompo algo ya lo pagaré! Tengo prisa y claustrofobia.

—Lo que faltaba. —Pone los ojos en blanco.

—¿Qué es lo que faltaba? ¡¿Qué es lo que faltaba, pedazo de tarugo?! —Está a punto de tirársele al cuello.

—Si empezamos a insultar, te prevengo que no voy a reprimirme —avisa Jaime, que empieza a perder la paciencia que le está pidiendo a ella.

Elaia toma aire, lo expulsa despacio, cuenta hasta diez. No puede remediar ponerse histérica. Desde que se quedó encerrada en el trastero de la casa de sus padres durante toda la noche, cuando tenía cinco años, tiene pavor a los lugares cerrados si está en ellos más de un par de minutos. Aún recuerda con agobio las lágrimas, el pánico a que no la encontraran nunca, la oscuridad que se cernía sobre ella... Sus padres y los vecinos del chalé adyacente estuvieron buscándola por todos lados creyendo, incluso, que podían haberla raptado. Hasta llamaron a la policía. Cuando dieron con ella, de madrugada, estaba hecha un ovillo en un rincón, casi en estado catatónico. Tardó meses en poder dormir de nuevo con la luz apagada.

Jaime advierte que ella está haciendo verdaderos esfuerzos para no demostrar su miedo, porque nota que lo tiene, tal vez es cierto que sufre de claustrofobia, ha tratado algún caso. Viéndola de repente así, tan frágil, perdido todo su empuje, algo se rompe dentro de él. Se acerca a ella, la obliga a sentarse en el suelo, lo hace a su lado, le pasa un brazo por los hombros y la pega a su cuerpo. Ella tiembla como una hoja y respira muy deprisa.

—Toma aire y suévalo despacio. Así... ¿Cómo te llamas?

—Elaia Kindelán.

—Jaime Samper. —Se presenta—. Ocupas el sexto G, ¿me equivoco?

—¿Te sabes el piso de cada vecino? Somos cincuenta y seis —indica asombrada.

—Tengo buena memoria. ¿De dónde proviene tu apellido? ¿Es irlandés?

—Se encuentra en Irlanda y Escocia, pero el mío viene de Cuba.

—Ahora lo entiendo. —Asiente, viniéndole a la cabeza la forma de su inmejorable trasero. De casta le viene al galgo, suele decirse.

—¿Qué es lo que entiendes?

—No importa. ¿Te encuentras mejor?

—Sí. No. No lo sé. Quiero salir de aquí.

Se le ha ralentizado la respiración pero parece a punto de echarse a llorar y él, en un acto reflejo, le acaricia el pelo. Lo lleva largo, le encanta su color y huele a cítricos. El aroma se le mete en las fosas nasales y le hace cerrar los ojos. No entiende qué le sucede, ha pasado de querer estranglarla a probar esos labios gruesos y jugosos pintados de rojo, que le provocan un cosquilleo en la espalda.

—Shhh. No pasa nada, estoy contigo.

—No es que eso me tranquilice demasiado. No te conozco de nada. ¿Quién me dice que no eres un aprovechado?

Se separa un poco para mirarla a los ojos y sonrío. Ella lo está haciendo también, bromea. Su

vecina de abajo puede parecer cualquier cosa menos una débil mujer que se asusta ante un hombre, más bien todo lo contrario; seguro que si alguno pretendiera pasarse de la raya acabaría en el hospital. Es buena señal que se mofe, debe conseguir que siga haciéndolo, que se olvide del encierro.

—Si alguien es una aprovechada, eres tú. Te has quedado con el paquete y aún me duele la pierna.

Ella no puede reprimir una carcajada recordando el suceso. Y a Jaime esa risa le suena a música celestial.

—Estaba dispuesta a repartirlo, ¿sabes? Pero te pusiste como un energúmeno y a cabezota no me gana nadie.

—Lo he comprobado.

El ascensor pega otra sacudida y se pone en marcha. Ella deja escapar un largo suspiro, lo ve incorporarse con la agilidad de un felino y vuelve a decirse que está como un tren. Acepta la mano masculina para levantarse y durante unos segundos se quedan así, con los dedos entrelazados y mirándose a los ojos.

—¿De verdad repartirías el paquete conmigo? —pregunta Jaime muy sonriente. Tiene que intentar poner distancia entre esa chica y él o cuando salgan de allí va a tener que subir a su casa a darse una ducha fría—. Solo tengo servilletas de papel a cuadros, como las mantas escocesas.

Ella ríe de nuevo. Imaginar a su vecino utilizándolas le hace gracia. Claro que tampoco lo ve poniendo rollos de color rosa en su cuarto de baño. Es demasiado masculino para eso, demasiado... sexi; seguro que lo usa normal, blanco, y sus toallas son de tonos oscuros. La visión de aquel cuerpo atlético saliendo de la ducha hace que trague saliva. Intenta echar la imagen de su cabeza, pero es sustituida por otra: él cubierto de gotitas de agua con una pequeña toalla alrededor de las caderas, sin nada más. Se le dispara el pulso.

«Céntrate, Elaia», se reconviene. Porque, aunque sea cierto que desde que rompió con Alfonso, un estúpido del que creyó estar enamorada y se largó a la primera de cambio con una alemana, no se ha comido una rosca, tampoco es como para tirarse al cuello de cualquier hombre. Claro que su vecino y presidente no es exactamente «cualquier hombre», más bien es «el hombre» que la está poniendo a cien por hora. Lo que no había conseguido ninguno hasta ese momento.

—Bueno. Ha sido un placer haber pasado estos minutos contigo —dice en cuanto salen del ascensor, tendiéndole la mano.

Jaime la toma entre las suyas. Las tiene grandes, de dedos largos, suaves, que le provocan un escalofrío en la columna vertebral. Sus ojos son un par de ónices brillantes que le quitan la respiración. La mira con mucha atención y ella se da cuenta de que le gusta. Es recíproco, y una lástima que no tenga tiempo para tontear, por mucho que el chico sea tan atractivo como para hacer pecar a una monja de clausura.

—Me conformo con tres.

—¿Cómo dices?

—Tres rollos. No me gusta el rosa, pero qué se le va a hacer. ¿Te importa si paso mañana a por ellos?

A Elaia le dan ganas de arrearle otra patada en la espinilla. ¡Será camello! Ella pensando en plan romántico y él intentando camelarla para conseguir los puñeteros rollos de papel higiénico. El tío es un completo imbécil.

—Cuando te venga bien, ya sabes dónde vivo —responde un poco seca—. Adiós.

Él no contesta. Se está llamando gilipollas cien veces seguidas. Ha notado que a ella le atrae y acaba de fastidiarlo todo soltando tamaña idiotez. Tres rollos. ¡Menuda frase para conquistar!

«Chico, eres lo peor», piensa.

Llega hasta su coche con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. De fondo, escucha cómo el motor del auto de Elaia se pone en marcha y ella pasa a su lado segundos después conduciendo un Audi blanco descapotable. Se saludan con la mano. Monta en el suyo, lo pone en marcha y atraviesa el parking para llegar a la rampa de salida.

El Audi está parado y ve que Elaia saca un brazo por la ventanilla. La puerta no se abre, al parecer tiene problemas con el mando a distancia. Acciona el suyo... y la puerta como si le dijese buenas tardes en arameo: no responde.

—¡¡Mierdaaaaaaaaaaaaa!! —Escucha que grita ella.

Jaime y Elaia

—Te vas a hacer daño.

Jaime ha comprobado que la puerta del garaje está bloqueada, posiblemente debido al corte de suministro que ha afectado al mecanismo. Ese es uno de los objetivos de su mandato: cambiar la puerta por otra de calidad superior que no les deje en bragas cada dos por tres. Ese, y la mejora de los techos y el suelo, agrietado en algunas plazas. A lo que, por descontado, los vecinos tocapelotas se han opuesto.

La advertencia de Elaia, viendo la maniobra, le llega tarde. Al querer abrirla de modo manual, nota un tirón en la zona lumbar, se le escapa un improperio y se queda doblado, demudado de dolor, incapaz de ponerse derecho.

—Mira que lo veía venir... —Ella chasca la lengua y va en su ayuda—. ¿Te crees Superman para querer mover ese pedazo de puerta tú solito?

—Con tal de no oírte protestar hubiera intentado mover el edificio entero.

—Eso. Ahora di que la culpa de que casi te hayas roto la espalda es mía. ¿Quieres que llame a urgencias?

—¡Por favor! Tienes tendencia al dramatismo por lo que veo. Es solo un tirón muscular, nada más. Lo malo es que debemos olvidarnos de utilizar el coche hasta el lunes, como pronto. En estas fechas, y siendo fin de semana, dudo mucho que vengan a reparar la puerta.

Elaia mira la esfera de su reloj de pulsera y tuerce el gesto. No llega a la cena ni con bula papal, lo único que puede hacer es avisar a su padre del incidente y pedirle que la disculpe con los clientes; él es muy capaz de cerrar el trato sin su ayuda, tiene profesionalidad y encanto más que suficientes.

Sin una palabra, se mete en el coche y lo aparca en su plaza. Sin salir, busca el móvil, marca el contacto de su padre y espera a que atienda la llamada.

Jaime, moviéndose despacio porque el dolor de la espalda lo mata, la oye hablar desde lejos. Tampoco le queda otro remedio a él que disculparse con sus tíos. Sábado y en plena época vacacional: no va a encontrar un taxi que lo acerque al lugar de la cita ni en sueños; lo mejor es olvidarse del asunto y que sus tíos decidan por sí mismos.

Haciendo de tripas corazón, moviéndose con mucha lentitud, consigue aparcar de nuevo y llama. No ha terminado de explicar qué le ha ocurrido cuando ella se acerca a la ventanilla, se acoda en ella y pregunta:

—¿Cómo estás, gran hombre?

A él lo descentra que ella esté tan cerca; al otro lado de la línea guardan silencio durante un par de segundos.

—¿Estás acompañado, Jaime?

—Estoy en el garaje, tío.

—Pero acompañado, que no soy sordo.

—Es una vecina que también quería salir.

—Ya. Escucha, hijo. —Nota que baja el tono de voz haciéndolo confidencial—. No voy a decirle a tu tía que nos has dado plantón por una chica, pero lo comprendo. Ya me contarás con más detalle, espero que sea bonita.

—Te aseguro que...

—Ya hablaremos, bribón —dice a modo de despedida, junto a una risita cómplice, antes de colgar.

Jaime se queda mirando el móvil. ¡Perfecto! El aldabonazo que le faltaba a su tío para volver a la carga. Desde que rompiera, tres años atrás, con Susana, su novia desde la universidad, no ha parado de hacerle ver las delicias del matrimonio. Mira a Elaia con el ceño fruncido. Sí, ella es muy bonita, pero por nada del mundo querría liarse con una neurótica como esa, tampoco está tan desesperado.

—¿No te ibas?

—De nada, cielo, por interesarme por ti. Mira que eres sieso, guapo.

—Lo siento. Era mi tío, hoy tenía que cenar con él. Al escucharte se ha creído que le he dejado en la estacada por culpa de un ligue —contesta haciendo malabarismos para salir del coche.

—Estás jodido, hermano —murmura ella observando que se mueve como un anciano.

—Se pasará. Gracias y adiós.

—Venga, hombre, no seas rencoroso. Tú me has echado una mano con mi ataque de pánico y yo puedo ayudarte ahora, entiendo algo de eso.

—¿Eres enfermera?

—Durante una época iba para fisio. —Lo sujeta por la cintura para ayudarlo a llegar al ascensor. Pero ya delante de la puerta, duda—. Este cacharro no volverá a dejarnos encerrados, ¿verdad?

—No puedo asegurarlo. De lo que sí estoy seguro es de que no puedo subir andando.

Elaia inspira cuanto puede. Por ella subiría a pie hasta la terraza, si fuera menester, pero su presidente no está para muchas bravatas, se le ve pálido. Así que se arma de valor y ejerce de buena samaritana. Total, la noche se le ha ido al garete.

—Un buen masaje con alcohol de romero y te dejo como nuevo.

A él se le encienden todas las alarmas. En su cabeza se ve tumbado en su cama y a ella encima, pasando sus pequeñas manos de uñas largas pintadas de rojo por su cuerpo. Carraspea y trata de disimular que, en ese momento, lo que menos le incomoda es la espalda, ha tomado el relevo otra parte de su cuerpo.

Por fortuna, el ascensor se porta como un jabato y llegan al sexto sin mayores problemas. Se recuesta en la pared en tanto ella abre su piso y acepta su ayuda para entrar.

Lo que se encuentra lo deja anonadado. Lo tiene decorado en un estilo que no sabe cómo definir. Minimalista, pero con unos colores y una calidez que producen las luces indirectas que le encanta, combinado con tallas de madera de estilo africano. La que tiene en la entrada, un anciano negro sentado en un taburete, ha debido de costarle una fortuna. En el salón, un sofá blanco de piel, de cuatro plazas con *chaise longue*, en el que tiene tirados cojines negros como al descuido. La mesa de cristal, los muebles blancos y los cuadros, pocos y grandes, de colores vivos. Junto al televisor, un jarrón de casi un metro de alto con un montón de monedas dentro. Él lo ignora, pero se trata del sistema personal de Elaia para evitar decir tacos; cada vez que suelta uno se obliga a meter un euro. Al paso que lleva va a poder hacer un viaje alrededor del mundo.

—Precioso apartamento —comenta.

—Gracias. Quítate la camisa y tumbate boca abajo. —Recibe una mirada insegura—. No pienso aprovecharme de ti, cariño, no estás en condiciones de colaborar y no soy una devoradora de hombres —asegura con bastante guasa.

Jaime gruñe por lo bajo y ella se aleja pasillo adelante dejándolo solo.

—No me importaría en absoluto —dice él en voz baja. Se quita la camisa y se tumba tal y como ella le ha pedido.

Al minuto la ve regresar con un frasco en la mano. Se acomoda al borde del sofá.

—¿Dónde te duele?

Le indica la zona lastimada y ella vierte un chorrito de alcohol de romero en su espalda. Luego empieza a masajear despacio, apretando en determinados puntos, demostrando que sabe lo que hace. Tiene unas manos suaves pero que imprimen la debida fuerza y, poco a poco, empieza a remitir la molestia.

Hacer de samarita no ha sido buena idea, se dice Elaia, queriendo olvidarse de que tiene tumbado en su sofá a un hombre que quita el hipo medio desnudo. Él tiene un cuerpo de cine, de hombros anchos y cintura estrecha. Se nota que le gusta hacer deporte y su piel tostada por el sol es como terciopelo. Le hormiguean las palmas de las manos pasándolas por su espalda y se le vuelve a disparar la imaginación. Sería estupendo acabar el día con un buen polvo. No es una viciosa del sexo, pero todo el mundo tiene sus necesidades y no todos los días se da una de narices con un espécimen así. Por desgracia, no va a poder ser. No quiere liarse con ningún hombre de momento, después de la traición de Alfonso se ha dado cuenta de que estar sola es una opción óptima. Se niega a que vuelvan a partirle el corazón.

—¿Mejor? —pregunta al acabar.

—Tienes manos de hada. Mucho mejor, gracias.

—Un antiinflamatorio, un buen descanso, y mañana estarás como nuevo.

Jaime se incorpora, queda sentado en el sofá, muy cerca de ella, y Elaia traga saliva de forma convulsa. Sus ojos se quedan clavados en unos pectorales y una tableta de chocolate que ya los quisiera para sí Thor. Aprieta las manos en puños para evitar que se le escapen y acariciarlo.

«Nena, estás perdiendo el norte. Míralo como a un paciente o te pierdes», se amonesta.

—¿Qué tal una copa, señora doctora?

Era lo que pensaba hacer esa noche, antes de que su padre se lo estropeará con el compromiso de asistir a la bendita cena, abrir una botella y acabársela. Podría compartirla, claro. Pero no se decide. Su vecino constituye un peligro, lo presiente.

—Puedo ayudarte a subir a tu piso.

—Tienes un modo muy velado de decir que no. —Se levanta y empieza a ponerse la camisa, aunque no se la abrocha.

«Eres una provocación, tesoro», vuelve a pensar Elaia.

—Eso quiere decir que estar encerrados durante unos minutos en un ascensor no significa que puedas quedarte a pasar la noche en mi casa —responde, sintiendo en el alma tener que dejarlo marchar.

¿Y a ver una película?

—Juro portarme como un caballero. —Insiste Jaime, sus labios estirándose en una sonrisa divertida, pícara, de chico malo, que empieza a aniquilar las defensas de Elaia.

—Seguro que sí.

—¿No irás a decirme que me tienes miedo? Vamos. A los dos se nos ha fastidiado la salida esta noche, no tiene nada de inmoral que dos vecinos tomen una copa y se hagan compañía durante un rato. ¡Qué se yo! Podríamos charlar, ver alguna película... Me gustaría conocerte un poco más.

—Mi vida es bastante aburrida.

—Entonces ya somos dos. Si lo prefieres, será una reunión oficial, puedo contarte los acuerdos tomados en la última junta vecinal.

Ella vuelve a pensárselo. Cuando ve que se encoge de hombros y se dirige a la puerta, cede:

—Puedo ofrecerte un emparedado, cava y una cinta en blanco y negro.

Él se vuelve a mirarla con las cejas alzadas.

—Mientras que no sea Casablanca...

—Nada tan romántico, no te preocupes.

Jaime se abrocha un botón de la camisa. Solo uno. Lo que le permite a ella seguir viendo más piel de la que resulta prudente para su salud mental... Y menos de la que desearía.

—¿Preparo yo la cena mientras buscas la peli?

—¿Sabrás?

—Lo intentaré.

—La botella está en la vinoteca —indica, camino ya de su cuarto para ponerse algo más cómodo que el ajustado vestido que iba a lucir esa noche.

Minutos después, es un tiempo inverosímil para ella, a quien no se le da bien la cocina, Jaime regresa llevando una bandeja en una mano y la botella de cava en la otra. Ella se decide al final por «El crepúsculo de los dioses», de Billy Wilder, el film de 1950 que obtuvo once nominaciones y tres estatuillas, donde Gloria Swanson interpretó un papel magistral, según ella.

—Lo tuyo son los mensajes, ¿no? Espero que no se trate de una indirecta.

El comentario de Jaime no revela crítica, ni mucho menos. De hecho, le gusta su vestimenta

informal: un pantalón holgado de seda negra y una camiseta con la enorme mano de un esqueleto alzando el dedo corazón.

Se acomodan, ella con los pies sobre la mesa de cristal, Jaime descorcha el cava y la emprenden con los emparedados mientras William Holden aparece en la pantalla de plasma de cincuenta y cinco pulgadas.

Elaia no puede centrarse en la película. Jaime es el primer hombre al que ha invitado a su casa. Su piso es su bastión, el lugar en el que se aísla del trabajo, donde puede ser ella misma. Siente que su presencia la desequilibra. Su apostura, su cabello oscuro, ese modo tan varonil de sentarse... La escasa comida, las tres copas y el murmullo del televisor, unido todo ello al cansancio acumulado, hacen que empiece a sentir un sopor agradable y cierra los ojos.

A Jaime la historia de una actriz caída en desgracia le tiene sin cuidado. Ha visto la película varias veces y no puede dejar de observar, de reojo, el modo en que su vecina se echa hacia atrás su larga cabellera rubio rojiza, la manera elegante con que sujeta la copa, el mohín de sus gruesos labios al beber... Sus pies desnudos, pequeños, preciosos, de cuidadas uñas pintadas de rojo. Sin querer hacerlo, la compara con Susana, y su antigua novia sale perdiendo. Elaia es una mujer capaz de hacer perder la concentración a cualquiera.

Acaba la película y se levanta como si hubiera encontrado de pronto espinas en el asiento, dispuesto a despedirse.

—Te agradezco la cena y...

Guarda silencio al verla dormida. Se queda mirándola durante un largo minuto. Parece una muñeca. Aunque en el piso hay aire acondicionado, él comienza a sentir calor.

Recoge los restos de la cena, lleva todo a la cocina y busca algo con lo que tapanla. Ella dice algo en sueños, se encoge sobre sí misma y continúa durmiendo, ajena a lo que bulle en su pecho, al deseo incontenible que se le ha despertado. Le entran unas ganas inmensas de besar esos labios jugosos, pero ha prometido comportarse como un caballero. Así que se inclina despacio sobre Elaia, la besa en el cabello, aspira de nuevo su aroma y se marcha.

Una cena con sorpresa

Elaia aparca su Audi, toma la bolsa que ha llevado consigo y atraviesa el jardín del chalé. Ha conseguido una botella de Hibiki, whisky japonés de diecisiete años que le ha costado un ojo de la cara. Pero al día siguiente es el cumpleaños de su padre y quiere obsequiarle algo especial. Solo espera que no se le ocurra abrirlo para sus invitados, que es muy espléndido, y lo guarde para él. Porque sí, hay invitados. Su padre ha buscado nueva fecha para la cena con esa pareja que quiere redecorar varios apartamentos en la playa. Y ese miércoles no ha tenido una excusa para librarse de acudir.

No ha vuelto a ver a Jaime.

Casi agradece haberse quedado dormida viendo la película y encontrarse sola al despertar, ya de madrugada. Le conmovió, y le sigue conmoviendo, el hecho de que él hubiera tenido la delicadeza de tapanla antes de irse. Y se le pone una sonrisa en la boca imaginando su cara, al día siguiente, cuando encontrara la bolsa en su puerta con los seis rollos rosa de papel higiénico. Se los ha dejado no solo porque cree que era lo justo, sino porque es un ardid para verlo de nuevo.

Sin embargo, él no se ha dignado a bajar para darle las gracias. De desagradecidos está el mundo lleno.

A pesar de estar un tanto mosqueada con los hombres, Jaime ha despertado en ella algo que no entiende. Quedarse encerrada con un tío en un ascensor y luego en el garaje no es como para iniciar una relación, ¿verdad? Entonces ¿por qué se siente vacía? ¿Por qué desea imperiosamente verle otra vez?

Tina, la empleada de su padre, una paraguaya que lleva trabajando para él desde antes de morir su madre, y a la que quiere con locura, abre la puerta.

—Hola, guapísima —saluda, dándole un beso en la mejilla y entregándole la bolsa—. Guárdalo a buen recaudo, es el regalo para papá. También hay una caja de Godiva para ti.

—Eres un cielo, mi pequeña. Te están esperando, pórtate bien.

Sonríe. ¡Qué bien la conoce Arasy! Se atusa el cabello al pasar frente al enorme espejo del hall, que ocupa casi todo el muro derecho. Se ve guapa. Para esa noche ha decidido ponerse un vestido de tirantes azul que hace juego con sus ojos, y calza zapatos de aguja blancos. El cabello,

recogido de modo informal con una larga aguja que se lo sujeta en la coronilla y deja caer algunos mechones a ambos lados de su cara. Poco maquillaje, apenas una pasada de rímel y pintalabios rosa.

Desde el salón le llega el murmullo de la conversación y ensaya la mejor de sus sonrisas antes de abrir la puerta corredera. Está a punto de ponerse a dar saltos al descubrir a Belén junto a su padre. Parece que al fin se han decidido a poner las cosas en orden, tienen los dedos entrelazados.

Los presentes se vuelven a mirarla y ella da las buenas noches, camina resuelta hacia su padre, que está guapísimo con su traje gris, le da un beso y luego abraza a Belén. No le cabe la felicidad en el cuerpo mientras es presentada a la pareja desconocida.

El matrimonio, a los que su padre se refiere solo por sus nombres de pila, Jorge y Elvira — parece que han conectado con rapidez—, le cae bien al primer golpe de vista. Él es alto, fornido, con un cabello negro donde se aprecian escasas canas y unos ojos oscuros como la noche que, sin poder remediarlo, hacen que evoque los de Jaime. Ella es menuda, elegante, de una edad similar a la de su esposo; su sonrisa es auténtica y su mirada limpia.

—Es usted mucho más bonita de lo que su padre nos había dicho —alaba él.

—Por favor, llámenme Elaia.

—No os dejéis engañar por su cara de ángel —ríe su padre pasando un brazo sobre sus hombros para pegarla a su costado, orgulloso de que haya acudido con un modelo que realza su belleza y le deja en buen lugar—, es mucho más dura que yo negociando.

—Papá...

—Y tiene un genio de mil diablos —añade Belén.

—Además, roba papel higiénico —añade una voz sensual y varonil, que hace que ella se gire sobresaltada.

Jaime tiene un hombro apoyado en la puerta de cristal que da a la terraza y sujeta una copa en la mano. Muestra una sonrisa luminosa y está tan atractivo que tiene que agarrarse a la mano de Belén para evitar irse hacia él. La sorpresa de encontrarlo allí la deja muda por unos instantes. Los demás miran a ambos sin entender la cara demudada de ella ni la acusación de Jaime.

—¡¿Qué demonios haces tú aquí, Samper?! —grita casi Elaia cuando puede reaccionar.

«Vale. Me acabo de cargar una entrada de lujo», se dice.

No le importa quedar como una rabalera, su corazón está dando botes en el pecho, le da igual si Jaime es otro invitado o ha ido a arreglar los grifos, cosa que duda porque viste un traje de chaqueta blanco que le queda como un guante. Es un caramelo que está para chuparlo desde la coronilla hasta los pies.

Todos empiezan a hablar al mismo tiempo. Jorge y Elvira interrogan al joven queriendo saber de qué se conocen, su padre le pregunta a ella, Belén la mira con las cejas alzadas.

Tardan unos minutos en aclarar la situación, en explicarles que ha dado la coincidencia de que viven en el mismo bloque de pisos. Sentados ya a la mesa, mientras Arasy sirve los entrantes fríos, Jaime se explaya contándoles el rifirrafe en el supermercado, la avería del ascensor y el

problema sufrido en el garaje.

La cena transcurre entre bromas y, al acabar, en menos de quince minutos, sin querer siquiera que les hablen de las posibles ideas para la decoración de los apartamentos, los Samper deciden contratar los servicios de Imagine, siempre que sea Elaia quien dirija el proyecto. Acepta, cómo no hacerlo, aunque indica que comenzará con el estudio a la vuelta de sus vacaciones, que comenzarán ese mismo fin de semana.

A Jaime parece haberle caído una jarra de agua fría por la cabeza. La euforia que le ha provocado la fortuna de coincidir con Elaia allí se le va al garete al escuchar que se marcha. Lleva cuatro días pensando en ella, recordando sus ojos, su cabello rubio rojizo, su sonrisa y su deliciosa expresión al quedarse dormida en el sofá.

Sabe que es ilógico lo que le está sucediendo, que no es normal haberse colado por una mujer con la que comenzó discutiendo; hasta esa noche ni sabía a qué se dedicaba. No conoce sus gustos. Tampoco sabe si tiene pareja. Sin embargo, la sangre se le espesa cada vez que la mira, siente que es su alma gemela. Algo muy dentro de él le dice que no se equivoca. Nunca ha sido un hombre romántico, jamás ha creído en el tan cacareado flechazo del que hablan muchos; el cariño, y después el amor, crecen y se consolidan con la convivencia, con la confianza, no surgen así, de sopetón. Al menos eso creía hasta que ha conocido a Elaia.

Aprovecha que Kindelán y su tío comienzan a analizar las condiciones del contrato, y Belén y su tía están charlando sobre temas más mundanos, para invitarla a tomar la copa en la terraza. Ninguno de los dos se da cuenta de que las mujeres intercambian una sonrisita cómplice al verlos salir.

La noche está impregnada del aroma a jazmín y es cálida. Elaia, sin embargo, está temblando. Su cabeza es un torbellino y en su pecho batallan sentimientos encontrados. No sabe qué hacer con respecto a Jaime. Por un lado, se le tiraría al cuello, lo besaría hasta que le faltase el aire. Estar a su lado es como una inyección de vitalidad, ni siquiera junto a Alfonso había percibido nada igual. Quién iba a decirle a ella que acabaría derritiéndose por un hombre al que, en su primer encuentro, le había arreado una buena patada en la espinilla. Su vena romántica, sin embargo, no cesa de empujarla, obligándola a imaginar que podrían iniciar una relación. Pero no sabe nada de él, ni siquiera si tiene novia o pareja estable. Por nada del mundo quiere dar el primer paso y ponerse en evidencia; lo hizo con su ex y acabó escaldada. No volverá a equivocarse una segunda vez.

Jaime la obliga a dejar de pensar cuando le quita la copa que tiene entre los dedos, la deja junto con la suya sobre la baranda de la terraza y tira de ella para bajar los escalones que llegan al jardín. Lo sigue porque él es como el timón que dirige y ella se siente como una barca a la deriva.

Antes de que pueda remediarlo se encuentran rodeados por las sombras, Jaime la sujeta con un brazo por el talle, la pega a él y la besa. Millones de estrellas estallan en la cabeza de la joven, se le aflojan las rodillas y el corazón amenaza con salirse del pecho. Responde a la caricia con una pasión que desconocía poder sentir, entrelazan sus lenguas, unen sus cuerpos hasta que ni un soplo

de aire puede pasar entre ambos. Las manos de uno y otro buscan el cuerpo ajeno, frenéticos por palparlo, por conocerlo mejor.

—Llevo deseando hacer esto desde que te vi en supermercado —suspira él cuando se separan, con la respiración agitada y el deseo insaciable de seguir probando la boca femenina.

—Al final sí que vas a ser un aprovechado —sonríe ella, paseando los dedos abiertos de una mano por debajo de su chaqueta. No se cansa de tocarlo.

—¿De veras te marchas este fin de semana?

Lo pregunta con gesto contrito, como si le doliera. Ella está a punto de dar marcha atrás, de decirle que lo ha pensado mejor y mandará a freír espárragos el pasaje de avión y la reserva en Hierro. Pero su yo más racional la frena. No puede cambiar su vida por un beso, aunque haya sido uno de esos que dejan huella y le han encogido hasta los dedos de los pies.

—A mi regreso, si aún te interesa, podríamos quedar.

—A tu regreso.

Les llaman desde dentro y no tienen oportunidad de continuar hablando. Quedan cosas que decirse entre los dos, pero se reincorporan a la reunión y poco después los Samper se despiden, quedando emplazados en las oficinas de Imagine para la semana siguiente.

Lo último que hace Elaia al verlos partir es decirle adiós con la mano mientras se pregunta si no estará dejando escapar la oportunidad de su vida.

Unas rosas y...

Elaia lleva cuatro días en Hierro y no ha abierto un libro ni descansado apenas. No puede centrarse. Los ojos negros de Jaime regresan a su memoria una y otra vez, la desvelan, le provocan una opresión en el pecho a la que no es capaz de encontrar explicación.

Ha conseguido que el dueño del apartamento que ha alquilado le preste su viejo coche y se ha dedicado a recorrer la isla de lado a lado. Ha paseado por los abruptos acantilados, por calas de complicado acceso y comprado recuerdos en alguno de los municipios. Hierro es una isla paradisíaca que le podría haber robado el corazón... si ya no se lo hubiera robado su condenado vecino del séptimo.

Debería haberle pedido el número del móvil antes de salir de Madrid. No lo ha hecho y él tampoco. No ha vuelto a intentar verla, ambos se han mantenido distantes, cada uno dedicado a su trabajo durante los dos días en los que han podido tomar contacto.

Aquella tarde la ha dedicado a darse una vuelta por Valverde, la capital, adquiriendo piezas de bisutería que no necesita en las tiendas de una calle adoquinada, de casas señoriales, de la que no recuerda el nombre. Y chocolate en una pastelería que vende unos bombones de diseño a los que no ha podido resistirse.

De vuelta al apartamento, alicaída y tristonra, enciende el televisor, se recuesta en el cabecero de la cama y decide que las penas de amor se pasan mejor con una buena ración de chocolate. Es tonta, lo sabe. Estar como un alma en pena por culpa de un tío con el que solo ha intercambiado un beso, es demencial. Pero no puede remediarlo.

Tampoco se centra en la película, aunque los bombones empiezan a desaparecer de la caja. Si continúa así, volverá con seis kilos de más, se dice.

Pulsa el mando para apagar el televisor al escuchar la llamada a la puerta y va a abrir. Es el dueño del apartamento. Lleva un paquete en las manos que debe tener casi un metro cuadrado, envuelto en papel rosa brillante, con un enorme lazo del mismo color.

—¿Dónde se lo dejo, señorita?

—¿Esto es para mí?

—Eso dice la tarjeta —señala con la barbilla la que está sujeta al lazo.

Elaila no entiende nada. ¿Quién diablos va a enviarle un obsequio a la isla? ¿Tal vez su padre? Comprueba la tarjeta, pero la letra, elegante y escrita a pluma le es por completo desconocida. Indica al hombre que la ponga encima de la cama y así lo hace él, marchándose luego.

No se molesta en cerrar la puerta, está tan intrigada que empieza a desenvolver lo que quiera que la hayan hecho llegar, aunque debe tratarse de un error.

Al abrir la caja suelta una carcajada.

—¡Será capullo!

Han encajado una docena de rollos de papel higiénico rosa en un alambre y le han dado forma de corazón. En el centro, doce rosas rojas de tallo largo. No le cabe ya duda del remitente, sus pulsaciones se disparan y no es capaz de retener una lágrima. Abraza el ramo a su pecho y mete la nariz en las rosas.

—Una por cada día que ha pasado desde que me diste la patada.

Se vuelve al escuchar su voz, los ojos brillantes por la emoción y una sonrisa tonta en la boca.

Jaime, sin embargo, arruga el ceño al fijarse en su camiseta: «Quien bien te quiere, te hará croquetas».

—Nunca las he hecho, pero preparo unas empanadillas para chuparse los dedos.

Elaia deja el ramo y se lanza a sus brazos, tan feliz que tiene ganas de gritar. Se besan con pasión, se palpan con la necesidad de dos cuerpos jóvenes que llevan deseándose días, que ya son incapaces de mantenerse separados.

—Es una locura, Jaime.

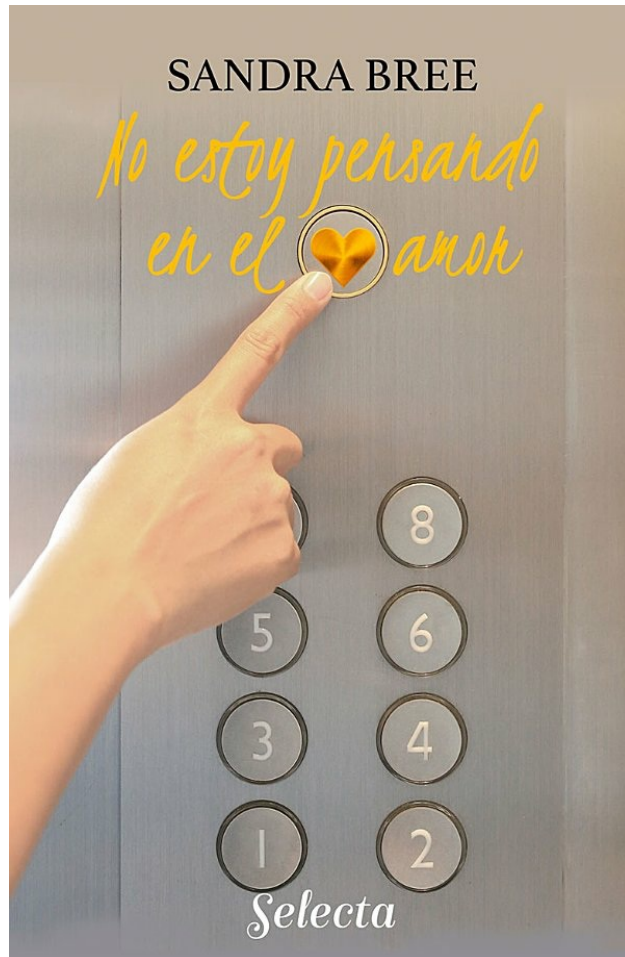
—¿Hacer empanadillas?

Ella rompe a reír y él la secunda antes de cerrar la puerta de una patada, tomarla en brazos y llevarla a la cama.

Sí, puede que todo aquello sea una locura, pero a ellos no les importa más que besarse, conocerse más y, tal vez, crear un futuro juntos.

FIN

Si te ha gustado
Tres capas, máxima suavidad
te recomendamos comenzar a leer
No estoy pensando en ti
de *Sandra Bree*



Capítulo 1

Eva, sentada en una de las sillas altas del salón, esperaba que Manolo se preparase para poder salir cuanto antes. Había estado trabajando todo el día y necesitaba tomarse unas copas, despejarse y bailar.

Disimulaba su impaciencia tras una fingida máscara de serenidad, sin darse cuenta de que sus altísimos tacones de aguja golpeaban el suelo rítmicamente.

El televisor retransmitía un importante partido de fútbol y la voz del locutor flotaba bien alto por toda la casa.

—Ya no tardo mucho en estar listo —dijo Manolo saliendo del dormitorio en calzoncillos al tiempo que se colocaba una camiseta.

Eva asintió. Lo miró de reojo intentando recordar cuándo se había enamorado de él y por qué. Manolo no llegaba al uno setenta de altura. Tenía hombros anchos y brazos muy musculosos. Era de esos tipos que van al gimnasio para hacer pesas y son incapaces de cerrar los brazos porque los bíceps le chocan con el costado. Pero además Manolo caminaba con las piernas abiertas como si hubiese perdido el caballo. ¡Si tan siquiera fuera guapo! Su pelo era lacio y fino de color castaño. Los labios delgados y la barbilla demasiado redondeada. Lo único que tenía bonitos eran unos ojos grandes y almendrados de color del caramelo. Pero uno se fijaba antes en que carecía de cuello que en sus ojos.

—Estás bonita, Eva, ¿pero no crees que llevas la falda demasiado corta?

Ella se miró las piernas y los muslos que asomaban por su estrecha minifalda negra. Cuando él la había conocido hacía dos años, vestía del mismo modo. Tenía unas piernas elegantes y torneadas y siempre que el tiempo lo permitía llevaba pantalones cortos, minifaldas, o leggings ajustados. No le contestó. Si entraba a su conversación lo más seguro era que terminase enfadándose, y ese día no tenía ganas. Además, cuando discutían siempre era ella quien acababa pidiéndole perdón solo por no escucharle.

—Venga, Manolo, vístete ya.

El hombre asintió, sin embargo llevó sus ojos castaños a la pantalla del televisor y con la boca entreabierta se quedó observando el partido.

Eva suspiró ahogando la mala leche que empezaba a viajar por cada terminación nerviosa de su cuerpo. De refilón volvió a mirarle. Las piernas de Manolo eran también musculosas y estaban llenas de pelo. En calzoncillos se veía ridículo. Y para más inri, no tenía culo. ¡Era diminuto como el de un niño! ¿Por qué ella no se había dado cuenta de ello? Con el pantalón puesto al menos lo disimulaba.

Recordó el día que se vieron por primera vez. Ella ni siquiera se había fijado en él. Al menos no se había fijado en plan «este tío me gusta», porque había sido difícil no verle entrar en aquel pub, caminando como si los hombros le pesasen una tonelada; piernas y pies abiertos a la altura de las dos menos diez y brazos como un vaquero a punto de desenfundar su arma. Iba envuelto en un aire de chulería que hizo que todas las miradas se volvieran a él. Incluida la de Eva, que

pensaba que caminaba más tieso que la rodilla de un click de Famobil.

Ella salió de sus pensamientos, se pasó la mano por su larga cabellera oscura y con disimulo alzó los ojos hasta el reloj de marco dorado que colgaba en una de las paredes. Respiró hondo. Llevaba esperándolo más de media hora y Manolo seguía parado en el salón, en camiseta y calzoncillos, y con la mirada volando detrás del balón de futbol.

—Si me hubieras dicho que quedábamos tras el partido, habría venido más tarde —se atrevió a decirle tratando de que su voz sonase calmada.

—No, ya estoy acabando. —Manolo elevó el volumen de la televisión para poder seguir escuchándola desde la habitación y desapareció en ella.

Eva caminó hasta el ventanal y, apartando las cortinas, observó la calle. Estaba anocheciendo. Enfrente había un bloque de apartamentos y algunas ventanas se veían iluminadas. Ella y Manolo llevaban unos meses buscando vivienda. Habían comenzado a hacer planes para, luego, tras acomodarse, casarse. Lo malo era que ninguno de los dos se ponía de acuerdo en dónde querían vivir o cómo debía ser la casa. Eva admitía que ella era la que más pegos ponía, pero era porque Manolo tenía menos gusto que un helado de agua. A él le gustaban los pisos raros. Le había gustado uno solo porque en una de las paredes del comedor había pintado un pentagrama invertido, que según él era un símbolo de protección y verdad contra los demonios.

Si Eva le hubiese hecho caso, en aquel momento podían ser una pareja de hippies viajando en una furgoneta amarilla y escuchando a Bob Marley a todas horas.

—¿Todavía no os habéis marchado?

Eva se giró al escuchar la voz de doña Angelines, su futura suegra. La mujer no se parecía en nada a su hijo. Ni físicamente, ni de ningún otro modo. Ella era amable, divertida, le gustaba la fiesta tanto como a la flamenca del WhatsApp —comparación dicha por ella misma— y siempre que podía salía de casa para no tener que aguantar ni al marido ni a su hijo. Tenía otros dos vástagos, ambos casados. Uno era hombre, y otro, mujer. Sin lugar a dudas, y a criterio de Eva, tal vez los más normales de la familia. Si eso era posible.

El padre de Manolo era un señor bastante mayor y sordo que se pasaba casi todo el día sentado en una mecedora junto a la ventana de la cocina comiendo pipas y viendo la tele, porque doña Angelines, muy inteligente ella, le había puesto una allí para que no merodease por la casa, ni estorbase, ni la manchase.

—Manolo se está arreglando. Seguro que todavía no sabe la ropa que se va a poner.

—¡Será que no ha tenido tiempo hasta ahora! Luego dicen que somos las mujeres las que siempre llegamos tarde. —A través de las gafas que llevaba colocadas encima de la nariz echó un vistazo a la televisión y sacudió la cabeza—. Como no le quites el futbol no saldréis hasta que no acabe.

—¡No! —chilló Manolo desde la habitación, como si acabase de ser poseído—. ¡No toquéis nada!

Eva se cruzó los brazos sobre el pecho y volvió a tomar asiento en la misma silla en la que

había estado antes. Doña Angelines caminó hacia el dormitorio de su hijo y se paró en la puerta.

—¿Sigues sin vestirte? Yo si fuese tu novia ya me habría marchado. Eres más lento que un desfile de cojos.

Eso es lo que Eva tenía que haber hecho. Haberse marchado de una vez. Lo que no podía entender era por qué no se movía de allí y seguía esperando como una ilusa.

Tal vez era que en ese momento sentía demasiado enojo. Ni siquiera tenía ganas, aunque sabía que debía hacerlo, de plantearse si en verdad estaba enamorada de él o había dejado de quererlo hacía tiempo. Si es que lo había hecho alguna vez. Cosa que a esas alturas dudaba mucho.

Lo que no le quedaba más remedio que aceptar era que ya no le hacía tanta ilusión lo de buscar un piso, ni lo de casarse, y a veces ni siquiera tenía ganas de verle todos los días.

—Tú no eres Eva —escuchó que decía él—. Por cierto, deberías enseñarle a que se maquille como tú. Parece una puerta de lo pintada que va.

Eva se mordió con fuerza el labio inferior y la lengua, al tiempo que contaba hasta diez y fingía no haberlo oído.

—¡Bien guapa que va! —respondió doña Angelines regresando al salón para mirarla con dulzura—. ¡Qué más quisiera yo haber sido tan bonita con tú! No hagas caso a Manolo, sigue teniendo mucha mamitis.

Mucho no era el término adecuado. Manolo estaba enmadrado hasta la misma médula. Si doña Angelines decía que quería irse un fin de semana a la casa del pueblo, él enseguida rompía todos los planes que tuviese, daba igual con quién, y llevaba a la señora al pueblo, o al centro comercial, e incluso más de una tarde se habían ido Eva, Angelines y Manolo al cine a ver una película. Por supuesto, la película que eligiese su madre.

No era la primera vez que él le decía que se vistiese como su madre, que se maquillase como su madre, e incluso que se hiciera tan amiga de su madre que se fuesen a tomar el café todas las tardes las dos juntas, por ahí. Y Eva empezó a pensar que hasta el plan le comenzaba a parecer más fabuloso que estar con él.

—¿A dónde vais a ir? —preguntó doña Angelines. En el cuello llevaba colgado un alfiletero, y sobre la blusa de flores tenía un montón de pequeños hilos de haber estado cosiendo.

—Yo quería ir a la discoteca a bailar. Hace mucho tiempo que no vamos —dijo Eva. Llevaba toda la semana pensando en ello.

—¡Ni loco! —exclamó Manolo saliendo de nuevo al salón. Continuaba en calzoncillos. Se había cambiado la camiseta por una camisa malva con botones negros.

—¿Por qué no? Me apetece mucho ir a bailar.

—Vamos a un pub, nos sentamos con tranquilidad, nos relajamos y vemos la segunda parte del partido. Hoy estoy hecho polvo para bailar.

—No lo entiendo. Tú no has tenido que trabajar hoy —respondió Eva, siempre sin levantar la voz y manteniendo una modulación calmada—. ¿Cómo es posible que estés tan cansado?

—¿Porque me he dado la paliza en el gimnasio? —respondió él a su vez con ironía, en un tono

de perdonavidas. Las venas de su corto cuello se inflamaban al hablar.

Una vez más Eva volvió a contar. Esta vez hasta veinte. Y de nuevo él se quedó hipnotizado por la pantalla del televisor.

Doña Angelines miró a Eva, compadecida. No quería meterse en las discusiones de la pareja. Ya había advertido a la joven en muchas ocasiones de lo egoísta y egocéntrico que era su hijo mayor. Ahora bien, si Eva aún no lo había entendido, ella no quería saber nada.

Se marchó a la cocina y observó a su marido, que tenía los ojos clavados en la calle con interés. Se sentó frente a la máquina de coser para seguir confeccionando unas cortinas.

Eva suspiró. En ese momento se le habían quitado las prisas y las ganas de salir. Con la mente repasó aquellos dos años que llevaban. Según ella, una relación de mierda tan tóxica como el veneno de una serpiente.

Manolo era un enmadrado, un orgulloso egocéntrico al que le gustaba pensar que todos dependían de él. Un celoso posesivo y un chulo. Él era el mejor porque tenía un coche. Eso sí, más viejo que una tartana, pero era un coche. Trabajaba en el sector de la carne y solo los filetes que llevaba a casa eran buenos, el resto eran una porquería.

Eva había empezado a salir con él por pena. Odiaba que los demás, incluyendo sus amigos, se riesen de él. Cosa que había sucedido cuando Manolo se les presentó en ese pub invitándolos a todos a unas rondas de cerveza. Con el tiempo ella había comprendido que Manolo compraba amigos de ese modo. Era la única opción que tenía para estar con alguien, porque no había ser viviente, excepto ella y Angelines, que le aguantasen.

Los padres de Eva no lo soportaban. No era que con ellos se portase mal, al contrario, se mostraba amable y simpático. Y demasiado majadero cuando menospreciaba a su hija y la trataba de ignorante.

¿Por qué Eva continuaba estando con él y haciendo planes de boda? Ni siquiera el sexo entre ellos era bueno. Manolo nunca lograba excitarla a pesar de intentarlo. Era brusco y patoso y ella había terminado por aceptarlo como algo normal. Diez minutos de *metesaca* —pensaba—, y el suplicio acababa pronto.

Pero continuaba con él por lo mismo de siempre. Seguía sintiendo pena. También porque en aquellos dos años había perdido a todos sus amigos. ¿O Manolo los había echado de su vida?

Ahora se encontraba sola, sin nadie con quien salir ni a quien contarle sus problemas.

—O nos podemos quedar aquí —sugirió Manolo sacándola de sus pensamientos.

Ella parpadeó. Tuvo que aclararse la voz antes de preguntar:

—¿Qué quieres decir?

—Hacemos palomitas y nos vemos el partido.

—¿Para qué me he arreglado yo entonces? —inquirió dolida.

Él la miró con la soberbia pintada en sus ojos castaños.

—Pues para mí. No tienes que arreglarte para nadie más.

Ella se puso en pie con los ojos húmedos, llenos de lágrimas sin derramar. Se preguntó si todo

aquello valía la pena.

Manolo había vuelto la vista al televisor. El comentarista hablaba exaltado y de repente gritó:

—¡Gooooool!

Manolo lo celebró saltando y gritando como un loco con las manos en alto. Observó a Eva con una sonrisa obscena.

—Esta noche te echo un polvo.

La paciencia y la serenidad cayeron rotas en pedazos en el momento en que Eva explotó como un volcán en erupción. Sus ojos se redujeron al mínimo. Apretaba los dientes con fuerza unos contra otros como un perro rabioso. El rostro ardió de cólera y gritó. Gritó tan alto y fuerte que doña Angelines acudió corriendo a ver qué estaba pasando.

—¡Vete a tomar por el puto culo! ¡No quiero que vuelvas a llamarme nunca más!

Manolo preguntó, atónito:

—¿Por qué te pones así? ¿Qué he hecho?

—¡No te digo más por respeto a tu madre que está aquí delante si no...!

—No, yo me voy —se apresuró a decir doña Angelines corriendo de vuelta a la cocina.

—¿Qué pasa? ¿Es que tienes el periodo? —insistió él con chulería.

—¡Eres un imbécil! —Eva se señaló la cabeza—. Hasta aquí me tienes ¿Me oyes? ¡Hasta aquí!

Se dio la vuelta hacia la puerta y, sin poder contenerse, sabiendo que Manolo la estaba siguiendo con la vista, le hizo el gesto con la mano, de «vete a tomar por culo».

—¡Vuelve aquí Eva!

Lo ignoró. Cerró la puerta detrás de ella dando un portazo. Dudaba de si Manolo saldría tras ella para intentar arreglar las cosas. Él era demasiado orgulloso para eso. Aunque Eva tampoco estaba dispuesta a perdonarle así como así. Al menos esa vez no. Lo tenía decidido.

La rabia se concentraba en su estómago de tal manera que bajó las escaleras, aferrada al pasamanos para no caerse con los altos tacones, despotricando todo el camino sobre él.

—¡Nunca más! —gritó cuando llegó al vestíbulo. Se detuvo y respiró varias veces seguidas—. Lo siento, Angelines, no tienes la culpa de tener un hijo tan gilipollas —murmuró con los dientes apretados.

Caminó hasta la puerta del portal. El suelo estaba recién encerado.

Las dos únicas opciones que le quedaban era marcharse ella sola por ahí, cosa que nunca había hecho. Además, ¿a dónde podía ir? Ya bailar ni le apetecía. Y la segunda opción: regresar a su casa y aguantar las críticas de su madre diciéndole que ya se lo habían advertido en muchas ocasiones durante aquellos dos años.

—¡El bolso! —gruñó al darse cuenta de que no lo llevaba—. ¡Malditas las ganas que tengo de volver a ver a Manolo! ¡Estúpido engreído!

Apretó con fuerza los puños. En ese momento, como por arte de magia, el ascensor llegó al vestíbulo. Ella pocas veces lo utilizaba. Era un poco claustrofóbica.

Aspiró con fuerza alejando el miedo y entró tambaleándose en el ascensor de cara a la puerta.

Pulsó al tercer piso. Durante unos segundos cerró los ojos intentado controlar su respiración y se cruzó de brazos mientras pensaba que esa vez no iba a dejarse convencer de nuevo. Cogería su bolso y se marcharía sin más. Para siempre.

Contuvo las lágrimas. No pensaba llorar.

—¡Cabrón de mierda!

¿Un rollo de papel higiénico puede ser el detonante para conocer el amor?



Elaia es interiorista, trabaja en la empresa de su padre, donde ha demostrado su valía, y lo único que le importa por el momento es su profesión y conseguir que su padre se decida a casarse de nuevo. Tremendamente temperamental, dice lo que piensa siempre, aunque más de una vez le ha causado problemas. Vive sola, la moda le importa un pito y le encanta relajarse viendo películas en blanco y negro.

Jaime Samper, huérfano desde muy niño y criado por sus tíos, ha conseguido con esfuerzo convertirse en un psicólogo reconocido y en un psiquiatra de primera. Está centrado en su trabajo, le gusta ayudar a la gente y toda su vida social se centra en un par de amigos de la facultad con los que queda cada cierto tiempo. Que le toque ser presidente de su Comunidad no le hace gracia porque hay un par de vecinos conflictivos y él es un hombre tranquilo... hasta que lo sacan de sus casillas.

Elaia ha tenido una semana agotadora, no está de humor y tiene un compromiso con su padre: una cena de negocios a la que no le apetece ir. Jaime ha pasado una semana estresante, debe acudir también a una cena en compañía de sus tíos, que preferiría eludir, y no está para bromas. Sin embargo, una huelga de reponedores en el super provoca una discusión con una chica a cuenta del último paquete de papel higiénico —¡qué cosas pasan!—. Por si fuera poco, una avería deja a ambos encerrados juntos.

Esperemos que la sangre no llegue al río.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Edición en formato digital: abril de 2020

© 2020, Nieves Hidalgo

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-52-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Tres capas, máxima suavidad

Capítulo 1. Elaia

Capítulo 2. Jaime

Capítulo 3. Elaia

Capítulo 4. Jaime

Capítulo 5. Elaia y Jaime

Capítulo 6. Jaime y Elaia

Capítulo 7. ¿Y a ver una película?

Capítulo 8. Una cena con sorpresa

Capítulo 9. Unas rosas y...

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Nieves Hidalgo

Créditos